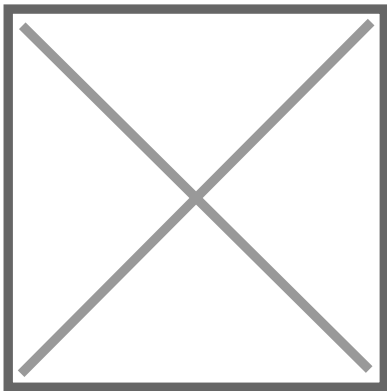




Rodolfo Opazo:

“En General, Los Pintores Son Bastante Idiotas”

Tiene fama de burlesco, incluso de malintencionado. Rodolfo Opazo, desde el pequeño fondo de Lampa donde lo abandonaron años ha, reivindica el arte como instrumento de concienciación y se declara apocalíptico como el que más.

Detesta muchas cosas, este pintor de fama internacional. Empezando con los pintores. Todos los nombres de la llamada “pintura chilena” le resultan abominables. Que ni le hablen de las bondades de “El huaso y la leonesa”, porque de veras loña.

Presente con sus más nuevos trabajos en la galería “Modigliani” de Villa del Mar, a donde llega tras exitosas muestras en Santiago, Nueva York y Miami, confiesa sonriente y como quien no quiere la cosa, que la felicidad no existe y que hay que aceptar sin queja los designios de la Providencia.

En su caso, este último quiere decir: ponerse serenos sin hablar casi con nada, poner a caballear en los muelles para “hacer well” —que satisficiera al mediocra a punta de gin tonic—, pintar en un amplio mo gapión y rodearse de libros y equipos de música, que pueden tocar tanto a los rebeldes de Wagner como a Beethoven o a un virtuoso Pablo Ortega. Una de sus diversiones es hacer cambalaches de cuadros. Así se acaba de conseguir unos Matis y unos Wilfredo Lam, que acompañan a sus Adolfo Cova, sus Juan Donato Gilardi, sus Jorge Tsch, Enrique Teller y Guillermo Náter.

—¿Cómo hay que apreciar la pintura?

“El arte es una manera de reflexionar en torno al destino humano, está de salir para morir. Y el arte de Occidente es un arte absolutamente deprimente. Ahí tienen a Machetti, que cuando va a morir dice que la vida es como un pobre actor que se pavonea en un escenario contando de un cuento que significa nada. Y me refugio de la condición humana en la que los artistas tratan de proponerme a la gente. No es que nos encanten de la infirmitad ontológica del Ser, sino que Dios nos dio esa capacidad para tomar, resumir, analizar y reflejar toda esa preocupación. En la personal, yo a la gente le propongo un juego, que se basa en la dicotomía entre título y obra”.



Nunca fui amiguito, no me ha gustado mucho la gente, pero sí me ha gustado mucho alguna gente”, declara Rodolfo Opazo. En sus cuadros decenas y media de pinturas, el artista ha realizado 35 exposiciones individuales, participó en 72 colectivas y ha recibido 17 distinciones: entre ellas, el Primer Premio de Pintura, Salón Oficial, Santiago de Chile (1980); el Premio Internacional de Pintura, Festival Montevideo, Uruguay; el Premio de la Crítica, Círculo de Críticos de Valparaíso (1995).

—¿Siempre ha sido tan relevante el lenguaje escrito?

“De hecho hablé de Idiota como un pintor. Generalmente los pintores son bastante idiotas, porque es tan equívoco, tan sensorial, aparece un color, que se olvidan de objetarlo. Y la manera de objetarlo es la lectura, y la música. Pero ni es la poesía. Más que un pintor soy un poeta que está pintando. Lo mío es poesía pictórica. Entonces, la literatura, lo hablado, tiene una importancia fundamental”.

—¿Y en algún detalle no ha pensado escribir en vez de pintar?

“No, porque es muy difícil. Si lo dices que sí hacer es esta cuestión...”

—¿Y parte con el título o éste aparece al final de la obra?

“A veces parte con el título, otras veces no. Trabajo las imágenes al modo de T.S. Eliot. Si bien en la juventud me sentí muy atraído por el surrealismo, jamás usé el automatismo sónico. Lo mío es absolutamente pensado y concreto”.

—¿Hay algunos títulos que recuerde especialmente?

“A mí me encantaba uno que decía ‘Cuando la mañana es fresca, se acomode la cantar’. Y era espantoso el cuadro: una mujer vomitando como sangre, en la playa. Hay otro que me gusta mucho: ‘De la subterfugio naturalista del paisaje’. Yo he trabajado mucho con la muerte y yo he usado mucho en la poesía”.

—¿Algunos nombres en particular?

“Siempre recorro a Homero, a Píndaro, Thomas Mann, Verlaine, Mallarmé, Rimbaud, Eliot, Michel Foucault, esas son mis lecturas recurrentes”.

—Lecturas harto pesadas.

“Es que no puedo leer otra cosa. Es una manera de trabajar”.

—Muere, en obra no es una cosa pero que simplemente la venga a mirar. Habla, lee, reflexiona. Por tanto, el arte tiene una misión.

“La tiene. Sí. Eso hablaba de la cultura gnóstica de los integrados: un cuadro que lo miera, lo dijera y se le olvidara. Por el otro lado están los apocalípticos, y yo me inclino en ellos. Necesito de alguna manera, entonces dando apoyo a que se tenga una actitud reflexiva ante la realidad. Como Miles Davis, como Charlie Parker. Apocalípticos todos. Gaitos que no están chachando”.

—¿Entonces el arte el progreso es la pena. ¿En qué sentido?

“Yo vivo en el campo, vivo sin vecinos, tengo caballos. Antes salía a dar paseos de dos horas a otros pueblos, ahora han puesto una carretera, y no puedo andar en un caballo nuevo con casaca que te pasan a 100 kilómetros. Me fui a Lampa porque no quiero pavonearme en las calles, no quiero nada de eso. Claro que cuando digo ‘vale el progreso’ soy un mentiroso, porque no puedo vivir sin luz eléctrica y sin refrigerador para mis tragos, y sin teléfono y sin fax. Lo que me molesta es la gente y su falta de conciencia respecto al progreso. Así en Chile la gente es como esos niños que rompen una pilita y empiezan a agarrar caramelo y se transforman en unas bestias”.

—Más que el avance técnico, el problema es la gente.

“La actitud de la gente, sí. La actitud prepotente. El grado de espiritualidad que hay en este momento es bastante pequeño, ¿no?”

—¿Cosa que cambia en el campo, donde es más fácil crearse un espacio trascendente.

“Yo vivo en una casa donde me dejaron solo. Tengo dos empleados con los que casi no hablo. Yo no hablo con la gente, yo no veo gente. Y me gusta bastante”.

—Cosa que le energice.

“Nada. A veces me da lata. No me energice pero me hace vivir muy cómodo. Igual como los perros comen en la piedad, yo leo en el living, en el dormitorio, en mi taller. Tengo libros en todas partes, como tengo equipos de música por todas partes”.

—¿Entonces el mundo que creaba apoyado en el mito.

“No, apoyado no. Yo me baso mucho en el mito por que, fuera de que es maravilloso como literatura, como historia y como cuento, es la manera de explicarse el mundo. Da lo mismo que entemos a las puertas del 2000. El mito es fundamental. Lo mismo en los griegos que en la obra de Wagner”.

—El mito explica el mundo. Lo mismo hace el arte, ¿no?

“Justamente. El arte es un instrumento del conocimiento, sirve para conocerse y explicarse un poco, o no explicarse nada y dejar conciencia de la gran interrogante que hay”.

—En ese contexto—tanto hablar con el mito y el arte—, respondo que algo ha avanzado en el tema de conocer, ¿no?

“Sí que la felicidad no existe, básicamente tiene una canción que se llama ‘Las imbéciles hermanas’. Pero yo me siento con los pies muy bien puestos en la tierra a mis 64 años. Creo que no me arrepiento de nada y yo estoy agradecido por lo que hago, pero me siento muy bien”.

—Pero uno no es la felicidad.

“No, pues. Si fuera feliz, estaría en un contento agradecido a Dios el día entero”.

—¿No gustan los caballos?

“No. Salir en la mañana es súper rico, como dicen los huasos, para hacer well, para llegar a tenerse unos gin tonic después. Pero no me es la felicidad. Eso es parte de la realidad que me toca vivir como artista”.

—Si no existe la felicidad, ¿para qué dibujas caballos?

“Eso es la gran pregunta. Nos pueden acé, nadie nos obliga. Y si estamos así, tratemos de ver qué creta pasa. Y el arte es una de las formas válidas para explicarse eso. El ambiente que está bajando en la plaza de la esquila, si lo mira su trabajo en forma trascendente, y vea que lo que está haciendo es tan importante como esto, la actitud que tendría ante la realidad sería menos crítica y menos amargo a lo mejor”.

—La clase es la actitud.

“Indudable. Cuando leo o escucho la muerte de la vida, se me cierran las lágrimas. También con un verso de Pound. Y eso no significa que está triste”.

—Y uno siempre está buscando esas lágrimas. ¿Por qué?

“Porque quiere llegar más allá. Esa emoción a mí se me ocurre que es lo que está más allá, puede que bamos llegado a percibirlo. Yo he llegado a percibir chispas de felicidad a través del arte. Y esas lagrimas son felicidad también, aunque la felicidad es una palabra tan fría. Y el Pablo Ortega tiene una canción tan realista. Más que de felicidad, hablaría de conciencia de ser. La pintura más está imbuida por esa condición ontológica, está reflejando del hombre, acerca del hombre, del hombre gnóstico, sin énfasis, sin caracteres confusivos”.

—¿No lo agobia estar siempre trabajando con las grandes preguntas y sabiendo que la felicidad no existe? ¿No desearía ser más breve y poner los días jodidos, falta de la vida?

“Es que me toca vivir. A lo mejor si estoy trabajando de jornalero, y si toiera esta misma disposición, hubiera sido feliz. Tomar la vida de una forma transcendente es trabajar a sí mismo”.

J.P. Dardel

En general los pintores son bastante idiotas : [entrevistas] [artículo] J. P. Dardel.

Libros y documentos

AUTORÍA

Opazo, Rodolfo, 1935-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En general los pintores son bastante idiotas : [entrevistas] [artículo] J. P. Dardel. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile